

El sonido de la trompa se acercaba, así como un ruido semejante al trueno.

Oyóse mas próxima la voz que gritaba:

—El agual ¡el agual ¡el agual!

No se hubiera podido decir si la emoción que hacían temblar en voz era la angustia de la temura ó un amargo movimiento de eslos.

Durante algunos segundos marchó con paso rápido, luego se detuvo.

El lejano sonido de una trompa se dejaba oír delante de él en la dirección de la corriente del Viento. Llegaban á espirar en su oído gritos cuya significación conocía.

Decían:

—El agual ¡el agual!

Cuando cesó de mirar el viento oía un ruido semejante á un trueno lejano.

Era la inundación que se acercaba.

Penhoel despertó de su éxtasis, acordándose del motivo que le había hecho abandonar el castillo.

Él á proseguir su marcha hacia el molino de los Hombres cuando oyó á su espalda al otro lado del río algunas voces.

—¡Hola, paradero! decían... ¡la barca!... ¡la barca!...

Aquellas voces eran alegres. Sonaron en los oídos del señor de Penhoel como un grito de alegría.

En su corazón latió con fuerza.

La muerte iba á apoderarse de ellos de improviso.

Penhoel espantadamente se angustia que naturalmente se sentía al ver marchar un desgraciado con rumbo á sus lechos muertos que detrás de él en la corriente se elevaba la mano armada de un asesino.

En presencia de los naturistas el peligro; torcido con las manos, un espacio de docenas y pronunciamiento algunas palabras; pero el viento, que violentamente se movía en su rostro, no le dejó dudar de la inutilidad de aquel recurso.

Los mismos viento que cubría tan completas las palabras pronunciadas en la otra orilla, oponía á la voz del señor de Penhoel una barrera insuperable.

VI.

DOS PROPIETARIOS.

El ruido de la tempestad redoblaban y ya no se oían ni el eco de la trompa ni el ruido del agua.

—¡Tendré tiempo para pensar! el mensajero está muy lejos.

Lo que hacia latir el corazón de René de Penhoel no era ni la lúgubre trompa lanzando roncas notas en medio de las tinieblas, ni los gritos anunciando desde lejos la inundación, ni la torbante amenaza del agua luchando contra sus márgenes; eran aquellas voces alegres y contentas que pedían la barca desde el otro lado del río.

Allí había hombres que nada sospechaban y que dentro de algunos segundos desaparecerían bajo la inundación de la tierra en que apoyaban sus pies.

La muerte iba á apoderarse de ellos de improviso.

Penhoel esperiméntó esa angustia que naturalmente se sentiria al ver marchar un desgraciado sonriendo y sin temor mientras que detrás de él en la cumbre se elevara la mano armada de un asesino.

Su primera idea fué advertirles el peligro; formó con las manos una especie de bocina y pronunció algunas palabras; pero el viento, que violentamente azotaba su rostro, no le dejó dudar de la inutilidad de aquel recurso.

Ese mismo viento que llevaba tan completas las palabras pronunciadas en la otra orilla, oponia á la voz del señor de Penhoel una barrera insuperable.

Dudó.

El ruido de la tempestad redoblaba y ya no se oian ni el eco de la trompa ni el ruido del agua.

—¡Tendré tiempo! pensó; el mensajero está aún lejos.

Volviendo en seguida pié atrás, costeó de nuevo la muralla y se dirigió corriendo hácia la cabaña de Benito Haligan, cuya pequeña linterna arrojaba una débil luz á través de las despojadas ramas de los castaños.

Los desconocidos viajeros detenidos en el camino de Redon parecian impacientarse y gritaban:

—¡Hola, barquero! ¡la barca, la barca!...

El camino era bastante malo y la lluvia, que caía

á torrentes, empapaba la tierra, haciéndola resbaladiza.

Penhoel no estaba aún á la mitad del camino cuando durante un segundo de calma en que la tempestad parecia recobrar fuerzas, creyó oír tras sí el veloz galope de un caballo del pais.

Casi al mismo tiempo sonó la trompa á veinte pasos de él.

Vió deslizarse por la sombra un ginete.

—¡Mensajero! gritó.

—¿Sois vos, señor? respondió éste deteniéndose; Dios os bendiga. En este momento vais á ver parar las ruedas de vuestro molino de los Houssayes.

—¿Cuánto tiempo llevas de delantera á la inundacion?

—Corre mas que mi caballo, y si no me adelanto á ella para llegar á la aldea de Glenac, se abrirá mas de una fosa en el cementerio.

El caballo volvió á emprender la carrera mientras el ginete lanzaba al aire con toda la fuerza de sus pulmones el siniestro clamor:

—¡El agua! ¡el agua! ¡el agua!

Penhoel llegó á la casa del barquero, que estaba encerrado dentro.

—¡Benito! dijo, Benito Haligan, levántate.

Desde el interior respondió una voz cavernosa:

—He echado las dos amarras nuevas á la barca y una cadena al bote. Nada teneis que temer por lo que os pertenece, Penhoel.

—Abridme, replicó este; al otro lado del río en el camino de Redon hay personas.

—¡Sí, sí! murmuró tranquilamente el barquero; aun no estoy sordo y los oigo gritar como desesperados; pero también he oído la trompa del mensajero. Preciso sería tener los demonios en el cuerpo, señor, para desatar la barca en este momento.

El tío Juan tenía razón: René de Penhoel era bueno en el fondo del alma y la voz de los desgraciados encontraba aún el camino de su corazón.

Sacudió con cólera la puerta de la cabaña.

—¡Abrel! repitió con tono imperioso; si tienes miedo, dame la llave del batel y yo en persona iré á salvarlos.

—En cuanto á eso, replicó el barquero, cuya voz se confundió con un murmullo, preferiría antes olvidar el *Pater* y el *Ave!* Vamos; sed prudente, Penhoel; reparad bien que son extraños, puesto que sin embargo de haber oído la trompa se quedan en la opuesta orilla como si allí estuviesen clavados en lugar de huir á todo correr. Los extraños son la ruina del país.

—¡La barca! ¡la barca! gritaban impacientes los viajeros desde el camino de Redon.

Penhoel oyó la cavernosa voz que murmuraba desde dentro:

—¡Paciencia, paciencial! Además, para vosotros no será la noche muy larga. Pero, Jesús María, qué tempestad! ¡qué tempestad!

Lo que en efecto oía Benito era el ruido de la

tempestad que iba en aumento, pero también era el agua que llegaba del alto país, mugiendo furiosa.

El relámpago que acababa de arrancar al bateleiro su última exclamación había petrificado en parte á Penhoel.

Habíale mostrado por una parte á los dos desconocidos en la opuesta orilla sin desconfianza todavía, mientras que sus caballos con las narices al viento parecían conocer de lejos el peligro, y por otra una ola espumosa y mas blanca que la nieve precipitándose impetuosamente por el tajo.

Un momento despues lanzaron los dos viajeros un grito de terror y espanto.

Penhoel hizo un esfuerzo terrible, consiguiendo derribar la puerta del barquero.

El interior de la habitación estaba alumbrado débilmente por la luz de un hachon pequeño que ardía encajado entre las piedras del muro. No había otros muebles que una mala cama con un pequeño Crucifijo de hueso encima, y un cofre sobre el cual se secaban algunas redes.

Benito Haligan estaba de pié en medio de la habitación.

Era un anciano, estremadamente delgado y cuyas toscas miradas tenían como una especie de inspiración.

Las largas mechas de sus cabellos canos estaban esparcidas por su frente.

Benito Haligan ejercía la triple profesion de bar-

quero, cirujano y brujo. Según la tradición, existía de padres en hijos el don de la segunda vista desde tiempo inmemorial. Ignorábase si era buen cristiano o adepto del demonio; pero inspiraba gran confianza y un temor mas grande aún.

En tiempo de la guerra había sido chuan.

Quando volvían de Redon las buenas gentes y tenían que pasar en la barca, sobrecogíanse de terror media legua antes y por prudencia iban recitando todo el camino las oraciones que les parecían mas propias.

Pero á decir verdad, era un verdadero breton que había dado su sangre por sus reyes y por sus señores.

Al ver caer su puerta contentóse Benito con cruzar los brazos sobre su pecho.

—¡La llavel... ¡la llavel... esclamó Penhoel dirigiéndose hácia el anciano.

—La puerta de la casa de vuestro padre fué como esta rota una vez en tiempo de los azules, dijo el barquero con tono de severa reconvencion; pero estaba yo detrás para defenderla.

—¡La llavel... repitió Penhoel conmovido; ¿no oyés sus gritos de desesperación, de agonía?... Dejar morir á los cristianos así sin socorro, es ser un asesino.

—Oigo sus gritos, replicó Benito, y pido á Dios que reciba sus almas.

A pesar del estremado ruido que producía la tem-

pestad oíase á grandes intervalos la voz de los desgraciados.

Decían:

—¡Socorro!... ¡socorro!...

El señor de Penhoel asió al anciano, que permanecía inmóvil.

—¡Te prometo diez escudos si me das la llavel. ¿repetía con agitada voz... ¡veinte!... ¡treinta!...

Benito Haligan movió la cabeza con lentitud.

—No tengo mujer ni hijos, replicó; ¿qué me importa vuestro dinero?... Dios no quiere que esos extranjeros vengán á devorar el pobre pan de la Bretaña.

René hacía girar sus ojos con furor y sus crispados dedos amenazaban la garganta del anciano.

—Penhoel, replicó este último con voz algo mas suave... podeis matarme... sabeis que contra vos no me defenderé... pero tampoco dejaré que el hijo de vuestro padre camine á su ruina... ¿No hay bastantes amenazas en el aire que nos rodea? ¿Desde vuestras ventanas no podeis ver el castillo de vuestro nombre habitado por un enemigo mortal?... Sois jóven y vuestros dedos se esconden con fuerza en las débiles carnes de un pobre anciano... Romperéis este brazo que os ha servido durante sesenta años, Penhoel, pero no impedireis á Benito Haligan que hable!

—¡Pero, miserable! esclamó ¿René, no tienes entrañas?...

—Penhoel, vuestra hija estaba muy pálida esta

mañana... hace mucho tiempo que lo dije por primera vez.... Antes de morir las vereis á las tres deslizarse durante el imperio de la luna por bajo los sauces... tres pobres santas, señor.... Blanca, Elena y Dianal.... ¡Oh! serán tres hijas de la luna mas á la orilla del riol....

—¿No quieres darme la llave? exclamó Penhoel amenazándole.

—¿Y quién sabe, replicó el barquero con su tranquila tristeza, quién sabe si lo que viene de la otra parte del rio no es la muerte?..... Escuchadme, Penhoel, exclamó con tono sentencioso y lleno de énfasis: tened cuidado cuando la mano de Dios se posa sobre un extranjero!.... dejad morir á este ó él os privará de la salvacion vuestra y de la vida de vuestro cuerpo.

Continuábase oyendo los gritos, pero cada vez mas débiles.

—¡Por última vez!.... dijo René, cuyas palabras apenas podian salir de los labios.... la llave ó ay de tí!....

Y como no obedeciese el barquero, lo agarró Penhoel del cuello, derribándolo á tierra.

Un momento despues se levantaba teniendo en la mano la conquistada llave, y se lanzó precipitadamente fuera.

Benito Haligan se levantó á su vez, saliendo tambien de la cabaña.

Las aguas tenían una violencia terrible. Precisa le fué toda su habilidad de hombre robusto y jó

ven para saltar á la barca, arrastrada por la corriente.

Y sin embargo, cuando se volvió para coger el gancho estaba á su lado el anciano Benito Haligan.

—Durante sesenta años he comido el pan de Penhoel, murmuró con sombría resignacion..... que Dios cuide únicamente de la salvacion de mi alma.... Puedo dar al hijo de mi señor la vida de mi decrepito cuerpo.....

Poco mas de una hora de dia quedaba cuando el jóven Mr. Roberto de Blois y su criado Blas abandonaron la posada del Carnero Coronado. Maese Geraud los acompañó hasta mas de cincuenta pasos de su establecimiento con el sombrero en la mano y la pipa en el bolsillo.

—Mañana arreglaremos cuentas, dijo Roberto.

—No hay que pensar en eso, contestó el posadero; mañana ó dentro de un año, cuando gustéis. En cuanto á la señora, será cuidada como la hija de un rey.

—Gracias, mi buen Geraud, y hasta la vista.

—Buen viaje.

El posadero hizo un saludo, y mientras Roberto y Blas seguian la carretera, les gritaba el buen posadero desde lejos:

—Sobre todo cuidado con los barrancos, los bandidos y la inundacion.

Levantó el librito á la altura de los ojos y se puso á leer.

“Luis de Penhoel [el primogénito] separado de su familia hace quince años y le coronel al servicio de los Estados Unidos de America.”

—¿Ves? dijo interrumpiéndose; he anotado mis propias palabras tan exactamente como las del posadero.

Olvidar lo que dicen los demás es una desgracia; pero olvidar lo que uno propio dice es un crimen.

Blas escuchaba con la atencion respetuosa de un escolar que se alimenta con la palabra de su maestro.

—Este Luis de Penhoel, prosiguió Roberto, es evidentemente el águila de la familia, una especie de héroe de novela! Se pueden apostar diez contra uno á que ha muerto; ese personaje me parece un verdadero hallazgo. No he apuntado la relacion que tiene con la esposa del señor de Penhoel. No se olvidan mas que los detalles, y este es el fondo de nuestro negocio.

Volvió la página del librito y replicó, mezclando á la lectura las observaciones que él mismo se dirigia: “Familia de Pontalés, odio hereditario.” Esto puede servirnos de mucho; cuando se quieren armas contra el cardenal se hace uno amigo de los príncipes.

—¿Quiénes son esos señores? preguntó el Zalamerero.

—Los Penhoel y los Pontalés de los antiguos

tiempos, respondió Roberto; ahora.... “El tio con albarcas....” Algun fósil de poca importancia.

“Mr. y Mad. de Penhoel....” Conocidos!.... “La niña Blanca, el Angel....” No sé.... una niña rubia.... en fin, ya veremos!.... “Las dos hijas del tio con albarcas y su hermano Vicente el salvaje, Roger de Launoy, el hijo adoptivo!.... Maldita la gracia que me hace todo esta chiquillería!.... No servirán mas que para incomodar, y además son otras tantas bocas indiscretas!

—¿Te chanceas? interrumpió Blas; ¿guardaremos todo eso?

La imaginacion del Zalamerero habia trabajado mucho; creíase sinceramente y con la mayor buena fe uno de los señores de Penhoel.

—Lo cierto es, dijo Roberto, que éstos nos harán arruinar.... Sin los cuatro jóvenes podria decirse que habían hecho para nosotros el castillo.... Pero ahora que recuerdo, me falta aquí un nombre.... Maese Geraud me volverá á hablar de aquel valiente que le salvó la vida en la rada de Brest.

—Y á quien serví de padrino, añadió Blas.

—Precisamente!.... no recordo!....

El Zalamerero se golpeó la frente como para recordar.

—¿Es muy importante? preguntó.

—Muchísimo.

—Pues bien, amiguito, exclamó Blas frotándose las manos.... me alegro mucho!.... En ese caso

voy á salvar la patria, porque ahora lo recuerdo... Nuestro recién casado se llama Gautier.

Roberto escribió este nombre en el librito, que volvió á guardar en el bolsillo.

La noche avanzaba con rapidez, y á medida que se iba extendiendo la oscuridad, cubrían el firmamento las grandes nubes que el sol habia traspuesto al declinar.

Por la parte de Occidente cubrían ya la tercera parte del cielo, mientras que por el Oriente y por el Norte comenzaban á brillar las estrellas.

Las ráfagas se iban haciendo cada vez mas raras, y parecia la atmósfera mas pesada y cargada de electricidad.

El camino, que hasta entonces seguia las cimas de una pequeña cordillera de colinas, se internaba en un valle sombrío.

Nuestros dos viajeros bajaron la cuesta al trote de sus caballos. Ambos guardaban entonces silencio, dejando vagar con libertad su imaginación.

Después de tantos contratiempos les sonreía al fin la fortuna.

Adios los días de miseria! Ya no mas inquietudes por el pan cotidiano! Iban á ser gentes pacíficas y honradas... propietarios!

Cada uno de ellos siguiendo sus inclinaciones formaba castillos en el aire. Blas dudaba mucho entre la tranquila vida del campo y los placeres de las ciudades... Roberto pensaba en utilizar su influencia; hacia circular sus capitales. Después

del éxito de especulaciones hábilmente combinadas la popularidad no podía fallarle, y para que le negasen la diputación hubiera sido preciso suponer una ingratitud que seguramente no existe en los corazones de los bretones.

Una vez diputado, con destreza y prudencia se tiene siempre delante un brillante porvenir. Roberto no profesaba esas opiniones políticas que son un embarazo y un obstáculo. Era un hombre des preocupado. En conciencia le pertenecía el porvenir, y él mismo no sabia señalar el límite donde se detendría el carro de su fortuna.

Pensaba así. Proseguía su camino sin enojo y sin fatiga. Distráidos como iban, no habían observado que todo en torno de ellos habia cambiado de aspecto.

El camino, estrecho y fangoso, seguía por el valle; las grandes nubes se habían extendido por el firmamento como un tupido velo negro. A los lados del camino detenían las miradas unas hileras de malezas.

—Lo que me affige mucho, dijo Blas respondiendo á sus propias preguntas y dando un gran suspiro, son esos impuestos tan escesivos....

—En eso iba pensando, añadió Roberto; cinco mil francos por nuestras cuarenta mil libras de renta!

—¡Es un absurdo!

—Los gobiernos no comprenden nunca que su apoyo natural son los labradores.

—¡Tanto dinerol ¡nos arruina!

—Nos arruina! Entre las contribuciones y los gastos que naturalmente habrá que hacer todos los años, apenas llegaremos á recaudar unos treinta mil francos.

Roberto pronunciaba estas palabras con una convicción triste y profunda.

Antes que Blas hubiese contestado se elevó del centro de la oscuridad una voz.

—¡Alto! dijo.

Luego añadió con acento imperioso, dirigiéndose á personas invisibles:

—¡Vosotros, atención!

A esta órden de mando oyóse un ruido sordo entre las malezas.

Roberto y Blas, despertados brúscamente de su sueño, miraron en turno suyo con espanto.

A través de las espesas tinieblas distinguieron un hombre en medio del camino. A derecha é izquierda estaban estacionados otros cuantos; el ruido de las hojas secas continuaba entre las malezas.

Roberto y Blas no procuraron disimular su terror. La amenaza de maese Geraud se cumplía. Estaban rodeados por todas partes por los terribles bandidos.



VII.

LOS RECURSOS DE BIBANDIER.

La sorpresa de nuestros viajeros fué tanto mas ruda cuanto que su sueño habia sido muy seductor. Este golpe caía sobre ellos de improviso. Sin embargo no se abatieron gran cosa.

A pesar del número imponente de los bandidos, Blas tuvo idea de resistirse.

—Si probásemos las pistolas de maese Geraud, murmuró.

El jefe de los bandidos debió oírle, porque exclamó precipitadamente: